

19 de septiembre de 2021 - 25º domingo "B"

Sab 2:12...20; Sant 3:16 - 4:3; Mc 9:30-37

Homilía

Se dice que el emperador Napoleón, hacia el final de su carrera, pero antes de su caída, después de haber ejercido una buena cantidad de "poder" durante su vida, confió a uno de sus generales: "¿Sabes lo que más me sorprende en el mundo? - Es la incapacidad de la fuerza para crear algo. Al final -añadió- la espada siempre es derrotada por el espíritu".

Antes y después de él, muchos han tenido la misma experiencia. Y, sin embargo, es sorprendente lo fascinante que resulta el poder para quienes lo tienen, para quienes no lo tienen e incluso para quienes son sus víctimas.

Los profetas de Israel parecen haber sido los primeros en la historia de la humanidad en proclamar que el poder no es supremo, que la espada es una abominación, que la violencia es obscena. Pero tuvieron que pasar varios siglos para que esta idea se impusiera. Y la lectura que hemos escuchado del Libro de la Sabiduría, escrito en el siglo II a.C., cuando los judíos aún soñaban con la restauración de su poder político, nos da un ejemplo de los efectos morales de esa sed de poder, de la que entonces eran víctimas: "Atraigamos al justo en una trampa, porque nos resulta vejatorio... Sometiéndolo a insultos y tormentos... Condenémoslo a una muerte infame..."

Santiago, en la segunda lectura, nos advierte del mismo peligro y explica su origen: "¿De dónde vienen las guerras, de dónde vienen los conflictos entre vosotros? ¿No es precisamente de todos estos instintos que están luchando en ustedes?" -- Los conflictos entre los hombres provienen siempre de los conflictos en el corazón de los individuos y, en última instancia, de la sed de poder que, de alguna manera, es innata en nosotros.

Los propios Apóstoles no escaparon a esto. Tenemos un ejemplo de ello en el Evangelio de hoy. A medida que nos acercamos al final del año litúrgico, los Evangelios dominicales nos dejan entrever la cercanía de la muerte de Jesús. En el texto de hoy encontramos el segundo anuncio de su Pasión. ¿Y qué hacen los discípulos inmediatamente después de este anuncio? Es increíble, pero discuten entre ellos quién es el más grande, probablemente quién será el primer ministro en el nuevo reino establecido por Jesús que pronto se

proclamará mesías-rey de Israel. Realmente no lo han entendido todavía. Y lo más trágico es que volverán a hacer lo mismo después del tercer anuncio de la Pasión de Jesús, en la misma víspera de su muerte. ¡Es tan difícil cambiar los sueños por la realidad!

Jesús aprovecha la ocasión para continuar la formación de sus discípulos. Les da el ejemplo de un niño pequeño. La característica del niño es no ser importante y, por lo tanto -al menos hasta que las primeras heridas de la vida le hayan hecho temer o desconfiar-, estar totalmente abierto a todo lo que se le da; recibir todo como un regalo, sin tener ningún derecho que hacer valer o defender. Está en el nivel del amor espontáneo, no en el nivel del derecho.

Este es también el nivel en el que se sitúa el servicio, al que Jesús exhorta a sus discípulos: "Si alguno quiere ser el primero, que sea... el servidor de todos". La vida en común, tanto si se trata de la vida de un matrimonio como de la vida de una comunidad monástica, se basa en el servicio mutuo: una ayuda que nos damos mutuamente en nuestra búsqueda de Dios y en nuestra conversión permanente, pero que debe expresarse a través de servicios cotidianos de carácter material y muy práctico.

Al llamarnos a servirnos unos a otros, Jesús nos llama al nivel del amor libre. Cuando, en la vida comunitaria -o en la vida de pareja-, empezamos a reclamar nuestros derechos, elegimos un plano diferente al elegido por Jesús. La comunión se construye no mediante el ejercicio del poder, sino mediante el servicio mutuo y gratuito, signo del amor que Dios nos tiene y que nos llama a tenernos unos a otros.

Armand VEILLEUX